

# Gente pobre

León Tolstoi



**J**uana, la mujer del pescador, está en su choza, sentada junto al fuego reparando una vieja vela. Afuera el viento silba y aúlla y las olas zumban, retumbando y rompiendo la costa... Está oscuro afuera, y hace frío, hay tempestad en el mar, pero la choza del pescador es cálida y acogedora. El piso de tierra está bien barrido; en el horno aún no se apaga el fuego; en el estante brilla la loza. Sobre la cama, con su blanca cortina suelta, duermen cinco niños acunados por los aullidos del mar tempestuoso. El marido salió a pescar en su bote, por la mañana, y todavía no vuelve. La mujer escucha el ruido sordo de las olas, el bramido del viento. Y siente terror.



El viejo reloj de madera, con su ronco sonar, dio las diez y dio las once...Y él no llegaba. Juana medita en lo mucho que se sacrifica, saliendo a pescar con frío y tempestad. También ella, por lo demás, se lo pasa trabajando desde el alba hasta la noche. ¿Y que sacan? Apenas les alcanza para comer. Los niños todavía no tienen zapatos: andan descalzos en verano y en invierno. Tampoco comen pan de trigo, y tienen que agradecer a Dios que les alcance para el de centeno. El único acompañamiento de esta comida es el pescado. “Pero gracias a Dios que los niños están sanos. No puedo quejarme”, piensa Juana, y vuelve a prestar oído a la tempestad. “¿Dónde estará ahora? ¡Cuídalo Señor, protéjelo y ten piedad de él!”, dice persignándose.

Y como es temprano para acostarse, se pone de pie, se echa un grueso pañuelo en la cabeza y, encendiendo una linterna, sale a la calle, a ver si se ha calmado el mar, si está aclarando, si el faro está iluminado y si se divisa el bote de su marido. Pero no se divisa. El viento le arranca su pañuelo y algo la lanza de golpe contra la puerta de la choza vecina. Juana se acuerda entonces que desde la tarde estaba deseando ver a su vecina enferma.

“No tiene nadie que la cuide”, pensó Juana, golpeando la puerta.

Escuchó... Pero no hubo respuesta.

“Triste suerte la de esta viuda” piensa. “Aunque sólo tiene dos hijos, está obligada a hacerlo todo ella sola. ¡Y además esta enfermedad!”

-¡Hey vecina! -grita.

Y piensa “A lo mejor le ha pasado algo”, mientras empuja la puerta, que se abre ante ella de par en par. Entra.

La choza estaba fría y húmeda. Juana levantó la linterna para ver dónde estaba la vecina enferma. Lo primero que encontraron sus ojos fue la cama, frente a la puerta, y en la cama ella, la vecina, acostada de espaldas, tan silenciosa y tan inmóvil como sólo pueden estar los muertos. Juana acercó la linterna. Sí, era ella. La cabeza echada hacia atrás y sobre la cara, fría y azulada, la inmovilidad de la muerte. Su pálida mano, sin vida, había resbalado del colchón de paja y colgaba como si hubiera intentado alcanzar algo...

Y ahí mismo, en una pequeña cama junto a la difunta, dos niños pequeños, de pelo rubio rizado y mejillas rellenas. Dormían acurrucados y apretados uno contra





otro. Al parecer la madre, muriendo, alcanzó a envolverles las piernecitas con un pañuelo viejo y cubrirlos con su ropa. La respiración de los niños era tranquila; dormían con un sueño profundo y dulce.

Juana tomó la cunita, tras cubrir a los niños con su mantón, y se los lleva a su casa. El corazón le late con fuerza; ella misma no sabe cómo y por qué hace eso, pero sabe que no podría dejar de hacerlo.

En su casa, pone a los niños dormidos juntos a sus propios niños, y junta la cortina. Está pálida, agitada. Como si le remordiera la conciencia. “¿Qué irá a decir él?”, piensa. “No es broma, tenemos cinco hijos propios. Como si no tuviéramos ya bastantes preocupaciones con ellos... ¿Es él? ¡No, aún no! ¡Y para qué me los traje! ¡Va a pegarme! Y me lo merezco. ¡Ahí viene! ¡No! Tanto mejor...”

La puerta chirrió, como si entrara alguien. Juana se estremeció y se levantó de la silla.

“No, ¡Nadie de nuevo! Dios mío, ¿para qué lo hice? ¿Cómo lo voy a mirar a los ojos?” Y se queda pensativa, callada largamente al lado de la cama.

La lluvia terminó; ha amanecido, pero el viento aúlla y el mar sigue bramando como antes.

De repente la puerta se abre de par en par y junto con una corriente de fresco aire marino entra un pescador alto y moreno, arrastrando redes, mojadas y rotas:

-¡Aquí estoy, Juana!

-¡Ah, eres tú!-dice ella, y se interrumpe, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

-¡Vaya noche! ¡Un horror!

-¡Sí, sí, el tiempo fue terrible! ¿Y la pesca?

-¡Horrible! No pesqué nada. Sólo conseguí romper las redes. ¡Mal, mal, sí, para que te digo! ¡Qué tiempo! No podría recordar otra noche como esta. Así que mejor no hablemos de pesca. Gracias a Dios llegué vivo... Y tú, ¿qué has hecho sin mí?

Diciendo eso, el pescador arrastraba redes tras de sí y se sentaba por fin al lado del horno.



-¿Yo?- respondió Juana palideciendo-. Bien, nada de particular, he estado cosiendo... El viento era tan fuerte que daba miedo. Tenía miedo por ti.

-¡Sí, sí! -musitó su marido-, ¡un tiempo horrible! Pero qué le vamos a hacer.

Los dos se quedaron callados.

-Sabes -dijo Juana-, la vecina, Simona, se murió.

-¡No me digas!

-No sé cuándo; supongo que ayer. Sí, le fue duro morir. ¡Cómo debe haberle dolido el corazón por sus hijos! Son dos niños chiquitos... Uno todavía no habla, y el otro recién está aprendiendo a gatear...

Calló. El rostro del pescador, ensombrecido, se había puesto serio y preocupado.

-¡Qué situación!-exclamó, levantándose, rascándose la nuca- ¿Qué vamos a hacer? No tenemos más alternativa que traerlos. Si no, cuando despierten, ¿cómo se van a sentir, al lado de su madre difunta? Ya saldremos adelante de alguna manera. ¡Anda rápido a traerlos!

Pero Juana no se movió de su lugar.

-¿Qué pasa, Juana? ¿No quieres? ¿Qué te pasa?

-Ya están aquí -dijo Juana, y abrió la cortina.

